



Una Chile; 13 de agosto, 2015, N.º 26, p. 24, 27
Gabriel Salazar, Premio Nacional de Historia, a 50 años del MIR;

“La clase popular no puede permitirse el lujo de ser derrotada otra vez”

Militó diez años en el MIR, hasta que lo echaron. Hoy no tiene muchas ganas de meterse en la “onda mirista” de los 50 años, pero tampoco se corre de los temas sensibles ni se abstiene de comentarios que podrían sacar roncadas. En cuanto al presente, dice estar feliz, porque a sus 79 años por fin se siente testigo de una soberanía popular construyéndose “desde abajo”, su obsesión de toda la vida. Mientras viaja por el país de asamblea en asamblea, acaba de publicar *La cervante levedad histórica de la clase política civil. Chile, 1900-1973* (Debate), donde intenta mostrar que la democracia chilena ha sido “una alucinación política”. Y aquí explica entusiasmado por qué la clase política, de esta crisis, no tiene por dónde zafar.

POR DANIEL HOPENHAYN • FOTOS: ALEJANDRO OLIVARES

Septimo de siete hermanos, Gabriel Salazar creció en una población construida por una mutua de trabajadores en el centro de una chacra, de Avenida Vivaceta hacia el poniente, rodeada de poblaciones callampa, conventillos y prostíbulos. “Me crié en un barrio que tenía todo el espectro popular imaginable. Y mi madre era católica de acción calligera, encargada de llevar lo que las viejas ricas juntaban a los conventillos, las callampas, debajo del río, en las cárceles. Y me llevaba a mí de la mano, que era el menor, por todo este mundo”.

Salazar continúa explicando por qué el 5 de septiembre de 1970, un día después del triunfo de Allende, entró al MIR: “Y mi viejo, que había aprendido a leer, compraba todos los días *El Diario Ilustrado*, de derecha. Y ahí aparecían por los fotos de las hijas jóvenes de la clase alta, en sus presentaciones en sociedad cuando cumplían 18 y hacían fiestas en el Hotel Grillon. Y ese fue mi punto de arranque, el *leit motiv* de toda mi vida: ¿por qué todo este mundo que yo veía no aparecía en los diarios? ¿Por qué los profesores nunca hablaban de eso? De ahí viene todo mi cuento con el MIR. De pensar que toda acción de rebeldía, revolucionaria, tiene que venir del mismo pueblo, de abajo”.

—¿Allende no era opción para eso?

—No, él estaba actuando por la vía parlamentaria y no trabajando con la gente. Y yo fui llegando a la conclusión de que el parlamentarismo y el Estado liberal no tienen ninguna posibilidad de responder a las necesidades del pueblo. En 200 años no han resuelto ninguno de los problemas fundamentales de Chile: no hay desarrollo industrial, ni hay igualdad, ni desarrollo cultural.

—Y al descartar la vía parlamentaria, ¿asumías que el otro camino era la vía armada?

—No necesariamente, eso no lo tenía muy claro. La cuestión no pasaba por ser violento o no, sino por desarrollar un proyecto efectivamente revolucionario.

—Nunca te sentiste en el conflicto de decir “lo estamos prestando ropa a la derecha si no apoyamos a Allende”.

—No, para nada, en lo absoluto.

—¿Alcanzaste a tener instrucción con armas?

—No. Yo hice el servicio militar y sé usar armas y todas esas peyusadas, pero tampoco me interesaba mientras no hubiéramos armado una fuerza social potente. Si era necesario llegar a la violencia en algún momento, bueno, podía ser, pero si vamos a hacer algún acto violento es para hacer algo productivo, no luchar por luchar, o para que te rosten de puro tonto. Nunca he creído en la violencia en sí, eso es para los milicos, yo no soy militarista. Y además me dio risa cuando pretendían

ponerme instrucción, poco antes del Golpe. Llegó el operativo, o “el opereto”, como le decíamos, con un tipo que hablaba con mucha seguridad, pero no llevó ni siquiera una pistola para enseñarle a la gente. Entonces con una escoba teníamos que andar apuntando a los gallos, en un sector abandonado de una iglesia, por ahí por Santa Rosa, ¡ja, ja, ja!

—Con escobas...

—Con escobas, te prometo. Y para explicar otras cuestiones, a la pizarra. Y a la Católica, donde yo hacía clases, una vez llegó también un perico con un arma a enseñarnos a armar y desarmar una pistola. Armar y desarmar, *seña* todo.

—¿Cuándo empezaron los problemas con el MIR?

—Casi al principio. Entré a militar en una unidad de la población La Bandera, y ahí me di cuenta de que las jefaturas eran gente de clase media y su trato a

por la tradición política de Chile. Y que entonces había que tensionar el partido y llevarlo a la ofensiva. Y mi análisis con otros amigos era “ou, este es un golpe distinto, tiene apoyo extranjero, hay que cuidar las fuerzas y tejer por abajo un desarrollo social”. Pero no duró mucho porque vino lo de Malloco: cayó la comisión política y los campesinos tenían ahí todos nuestros documentos. ¡No tenían ninguna norma de seguridad! Estaban todos juntos en una misma casa, con todo el archivo, el capitán Miguel (Krassnoff) me cuadró al tiro, si estaban todas mis cosas! Así que cayó mi jefe, cayó su enlace conmigo y caí yo en Villa Grimaldi, al día siguiente de Malloco. Bueno, imagínate ahí, preso, con todo lo que uno pasa, dije con mayor razón hay que pensar esto. Sobre todo cuando ya nos llevaron a Tres Alamos, y los compañeros en Tres Alamos hacían marchas pa allá y mar

MIR se asiló, los jefes se asilaron, y yo sé que algunos hablaron, y otros no hablaron pero los compañeros caían igual por errores de conducción. Pero al mismo tiempo yo no quería descolgarme del movimiento revolucionario. Finalmente salgo al exilio (a Inglaterra) y lo primero que me piden, desde Cuba, es que mande un informe. Y yo describí lo que había ocurrido desde que caí preso, con mis torturas, las torturas que vi, y luego un informe político de lo que pasaba en Tres Alamos, y ahí sí que... yo tiendo a ser irónico, tengo sentido del humor, entonces lo informé críticamente. El maestro que llevó la carta de puro sapo la abrió y se fue riendo todo el viaje hasta Cuba. Y allá mis jefes dijeron “ah, Salazar se volvió loco nomás”, ¡ja, ja!

—¿Le ponías color al informe?

—Por decirte: escribí que el 1 de mayo del año 76, organizamos cuatro marchas dentro del patio de Tres Alamos, saliendo de cada esquina, con cánticos y cuestiones, marchando 15 o 20 metros a un paseo central donde se pusieron los jefes. Y se aglutinaron todos, eran más de 100, y ahí arriba los jefes dieron un discurso, no muy político porque estaban los patos mirando, pero todos aplaudían y se producía todo un ceremonial. Y después se iba cada uno para su lado y empezaban los pelambres: que los comunistas aquí, que los miristas están controlando la entrada, qué sé yo. Entonces el jefe de partido iba a la pieza del otro y le golpeaba la puerta: “¿tiene 5 minutos?”, y salían los dos a caminar para arreglar los problemas entre sus partidos. Entonces yo describí todo eso y le puse color po, si era ridículo. Después con varios amigos en el exilio, en contacto con críticos de varios países, armamos una red disidente. Y ya cuando el MIR plantea el retorno a Chile, nos planteamos abiertamente en contra.

—¿Cómo interpretaban que la cúpula decidiera la Operación Retorno (1978)? ¿Lo veían como algo absurdo?

—Era un absurdo por el desequilibrio de fuerzas y porque te obligaban a reincidir a tu red social, familiar, partir a Cuba a recibir instrucción militar, entrar a Chile si era necesario con otra compañía distinta y meterse a la guerrilla. Y así se daban cuenta de que en la militancia había un sentimiento crítico muy potente. Cuando dieron la orden de “vayanse a Chile”, el 80% de la gente que iba a estas reuniones se quedó, incluso los mismos jefes se quedaron. Y al final vino la orden: los disidentes expulsados. Ahí salimos.

—¿Y en qué pensaba la gente que se vino a pelear a Chile?

—Mira, la mayoría eran muy jóvenes y con una militancia muy de fe, tipo hermi

“Al poblador de repente se le salía el poblador, se choreaban, echaban garabatos, y ahí los jefes (del MIR) aplicaban el autoritarismo del partido y les salía el don de clase, para qué estamos con cuentos”.

los pobladores de base era autoritaria, evidentemente clasista. Y al poblador de repente se le salía el poblador, se choreaban, echaban garabatos, y ahí los jefes aplicaban el autoritarismo del partido y les salía el don de clase, para qué estamos con cuentos. Muy jóvenes, muy revolucionarios, pero eso estaba claro y no me gustó. Hasta que me cambiaron a la U. de Chile, donde el MIR era un desorden que nadie entendía. Y yo ya tenía 35, 36 años, era profesor universitario, tenía cuatro hijos, imagínate, ¡ja, ja, ja! Pero había una mística en el aire evidente, era imposible descolgarse de eso. Los estudiantes de primer o segundo año dejaron los estudios por hacer política, se iban a las poblaciones, estaban semanas enteras trabajando con los obreros. Y el MIR me seguía pareciendo, dentro de todo, el único que tenía una opción clara y un sentido profundo.

UN HARAKIRI

—¿Qué pasó después del Golpe?

—Durante algún tiempo me cooptaron de la comisión política para hacer informes, y yo estaba por un cambio potente en el rolloque. Acuérdate que el análisis que hizo el MIR con Miguel fue que este era un “golpe goñila” que no iba a durar,

chus pa acá como si estuvieran en la Plaza Bolívar, con discursos y todo. Ahí dije no, estos están locos.

—¿Cuánto tiempo estuviste preso?

—En Villa Grimaldi como dos meses y hasta completar un año en Tres Alamos. Y ahí comencé de frentón a intentar un pensamiento alternativo y criticar a la línea oficial del MIR. Recuerdo que el Peponé (José Carrasco Tapia) me escuchó atentamente, era muy camarada, un gran compañero, sin duda. Pero al final me dijo “ya, pero no podemos convertir la prisión en una escuela de Sociología”. Entonces empecé a armar un grupo de disidentes, y a asociarme con los compañeros que vivían aislados, desajetados, por haber hablado o entregado algo en tortura. Eso a mí me reventó. Un compañero obrero que estaba ahí, cuando vino a un jefe del MIR que aparecía, le daba un ataque y se desmayaba, porque lo habían desajetado. Empezaban a clasificar a la gente: “este habló, este es un héroe, este otro no”, mira la estupidez. Si estás construyendo fuerza social, eso es un harakiri.

—Ya que ocupaste la palabra, ¿crees en el heroísmo de esa época?

—Bueno, el MIR jugó al heroísmo: “El MIR no habla”, “el MIR no se asila”, y el

SABÍA USTED QUE... PESTORIUS NUNCA ESTUVO ENAMORADO HASTA LAS PATAS.

"La clase popular no puede permitirse el lujo de ser derrotada otra vez" [entrevista] [artículo] Daniel Hopenhayn.

Libros y documentos

AUTORÍA

Hopenhayn, Daniel, 1981-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2015

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"La clase popular no puede permitirse el lujo de ser derrotada otra vez" [entrevista] [artículo] Daniel Hopenhayn.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile